

“Luz de mi vida”: Una íntima historia de supervivencia

ANA JOSEFA SILVA V.

Escrita, dirigida y actuada por Casey Affleck, “Luz de mi vida” puede mover a engaño con un título que pareciera más propio de una telenovela.

Nada más lejos. Lo que Affleck (“Manchester junto al mar”) lleva a la pantalla es una historia post apocalíptica, una *road movie* que se desarrolla en medio de la naturaleza; un drama contenido, en el que sutilmente se va asomando una amenaza latente, de una tensión apenas perceptible.

La secuencia de apertura es enternecedora: de noche, adentro de una carpa de camping, tenuemente alumbrada, un padre (Affleck) le relata un cuento a su atento hijo, que le corrige una y otra vez el devenir de la historia. Están en medio de un bosque y a la mañana siguiente, cuando han salido a caminar, el hombre divisa a un sujeto examinando la carpa. Un diálogo sereno, pero áspero, en que él presenta al chico como Alex, concluye con la rápida decisión de levantar el campamento.

De allí iniciarán una travesía por bosques, senderos más o menos apartados, lugares lluviosos, caserones deshabita-

dos, parajes cubiertos de nieve hacia un destino no muy definido.

Él lo llama “Trapo”. Pero Alex (Anna Pniowsky) no es un chico. Tiene 11 años, lleva el pelo corto y ya en esas primeras escenas le ha preguntado con cierta inquietud a su padre: “¿Sabrán que soy una niña?”.

A medida que avanzan, de una manera simple se va develando al espectador cuál es la circunstancia que los tiene como virtuales fugitivos. Algunos *flashbacks* sitúan en un pasado familiar que fue luminoso y feliz. Hoy, este padre vive en estado de alerta para proteger a “Trapo”.

Ella sabe por qué debe aparentar ser un chico, pero en la travesía se le empieza a hacer difícil de sobrellevar. Su padre, ya se lo ha dicho amorosamente, no cesará en su misión de cuidarla y eso pasa primero que nada por evitar que alguien se entere de que es una niña.

La información que explica este desesperado viaje sin rumbo claro va surgiendo, primero como datos, luego con situaciones cada vez más amenazantes.

Las conversaciones entre ambos denotan un amor mutuo. Saben que solo se tie-

nen el uno a la otra y viceversa. Y que esta misión no tiene fecha de término.

Affleck controla esta tensión con sutileza, evitando perder el foco de su historia: el de un relato íntimo, el sólido amor padre-hija en un contexto difícil y hostil, que en la mayor parte de las dos horas de metraje no se manifiesta de manera obvia. El suspenso va *in crescendo*, sin apelar a ningún golpe de efecto: la atmósfera, algún hecho puntual, ciertas frases, van configurando ese escenario de horror que en realidad nunca vemos del todo.

Este complejo camino es también el paso de la niña hacia una cierta madurez, que es lo que permite que esta protección sea mutua. Es el resultado de un cuidadoso trabajo afectivo del padre que —con sus dolores a cuestas— mientras la ha protegido, la ha preparado para que ella también sea capaz de ser su *partner*.

Esta es una película a contracorriente: discreta, que conoce la diferencia entre tempo y tiempo; y que por eso mismo, cualquier espíritu sensible la sentirá conmovedoramente desesperada.

Para cinéfilos.
(En cartelera).



Anna Pniowsky y Casey Affleck (quien además es el director y guionista) son los protagonistas de esta sensible película.